

## **ASCENSIÓN AL MONCAYO 25 DE ENERO DE 2015**

*PREPARADOS, LISTOS.... ¡YA! COMIENZA LA TEMPORADA 2015*

El pasado sábado 24 de enero el club organizó la tradicional ascensión al Moncayo como inicio de la nueva temporada programada para el 2015.

Nos citamos en el Mesón del Aceite entre 13 y 15 montañeros, según quién procediera al recuento. Incluso alguno llegó a contar 16.

Los entre ¿13? y ¿15? (¿incluso 16?) compañeros nos agrupamos en los coches apropiados para llegar hasta el Santuario, dada la presencia de hielo y nieve en la calzada, que la hacía muy peligrosa. No obstante los agentes de la D.G.A que estaban por allí controlando nos rogaron que aparcáramos unos metros antes y, desde ahí, por suave senda, alcanzar el Santuario.

Animosos, como siempre, afrontamos la soleada y fría mañana atravesando el bosque que nos iba a conducir a la base de la ascensión. Obviamente ninguno de vosotros necesita detalladas explicaciones de la ruta a seguir, por cuanto habéis subido al Moncayo (o pico de San Miguel, según me enteré) varias veces algunos, muchas, otros.

Sin embargo Gustavo y yo ascendíamos por primera vez a esta entrañable montaña. De hecho, yo nunca había pasado del ahora remodelado y remozado monasterio de Veruela. Lo primero que me sorprendió fue el cuidado y magnífico entorno del parque natural del Moncayo, pletórico de haya, roble, pino y acebo. También me sorprendió gratamente la numerosa presencia de visitantes al parque y a la sierra, salpicada aquí y allá de familias con niños fabricando muñecos de nieve, de caminantes y paseantes.

Como ya habéis observado en las magníficas fotos remitidas las nevadas habían dejado un camino alfombrado y un bosque blanco, espectacular y majestuoso. La nieve cubría los escarchados abetos, hayas y pinos enfundándolos en las múltiples y caprichosas formas que el viento helador había esculpido.

Transitamos, admirados, el bosque hasta que, traspasado el límite, llegamos al momento de decidir por dónde íbamos a ascender y quién iba a tomar una u otra alternativa, entre la ruta de verano y el cucharón.

Reunido el consejo de sabios y valorado el estado y situación, Juan Juan se hizo cargo de la expedición al cucharón, integrada por él mismo, su amigo Juancho y un valor seguro del club, que mandó a uno de sus mejores hombres, Javier Chóliz, para no defraudar.

El resto (¿8? ¿10? ¿11?) nos calzamos los crampones y nos encaminamos por la ruta de verano, guiados por Toño (otro valor seguro), que con su andar experto, pausado y sostenido pronto nos fue dirigiendo por la ladera del monte, en algunos puntos helada, en dirección a algo que me dijeron era un cartel que anunciaba peligros y riesgos, pero que no se podía leer porque estaba cubierto de hielo. Por detrás, otros expertos compañeros nos iban dando consejos a los novatos sobre el uso de crampones y piolet.

La ascensión progresaba con seguridad, pero a cada paso la bravura y velocidad del viento se incrementaba exponencialmente, de forma que los últimos 50-75 metros hasta la antecima fueron un infierno, agravado en la cresta. Soplaban un ventorrón feroz, desabrido, helador e insufrible. A unos nos empujaba como quien empuja a alguien por la espalda y va dando saltitos, Otras, más ligeras, ni siquiera pudieron acceder a la cresta y tuvieron que retroceder. Nunca me había ocurrido que el viento me moviera la mochila, como acunándola.

Así las cosas, aun teniendo a la vista la cima tan cerca, se tomó la decisión de dar la vuelta. Avanzaban también amenazadores nubarrones que presagiaban la formación de la típica boina del Moncayo (por decirlo de manera científica). De hecho, así ocurrió.

Comenzamos, pues, el regreso, cómoda y progresivamente y mientras descendíamos me sumí en sesuda reflexión. No alcanzaba a comprender cómo al itinerario que seguimos le llamaban *ruta de verano*. Toda la jornada, si no me equivoco, la pasamos bajo cero. El viento, en la antecresta y cresta propiamente, no llegó a calibrar la velocidad, era infernal. Domingo posteriormente hizo una estimación en más de 75 km/hora, de forma que relacionando velocidad del viento y temperatura con las tablas *wind chill* arrojaba una sensación térmica de menos de -20 grados. ¿Cómo será la ruta de invierno? ¿siberiana?

Al final del descenso, ya sin viento, en la linde del bosque, nos esperaba el riquísimo y reconfortante caldito de María Emilia.

Mientras reponíamos fuerzas llegó hasta nosotros la expedición anapurna cucharon, que felizmente, como era de esperar, guiados con mano maestra y firme, habían hecho cima.

Una vez agrupados reemprendimos el regreso al Santuario y, de allí, a los vehículos. Tras un breve recorrido desembarcamos en el restaurante Agramonte, simpático establecimiento donde el grupo tuvo su momento Landa.

Nos atendió un enigmático e imperturbable *maitre*, el cual pasó de una inicial indiferencia al estupor, advirtiendo cómo nosotros mismos éramos incapaces de saber cuántos estábamos, pese a habernos numerado varias veces. De hecho, estando trece sentados y dos en el baño, había anotado 16 primeros, con lo cual, sumando los que tenía anotados con los dos que no se habían sentado todavía le salían 18 primeros. Al final, no sé cómo, encajó los servicios con los comensales.

Tenía tal *maitre* la costumbre de cantarnos (muy bajito, casi no se le oía) desde un extremo de la mesa el menú, como si hubiera de todo, y, una vez anotada la comanda, iba a la cocina, regresaba y entonces, no antes, nos informaba de los platos que le quedaban, no coincidente en número con el pedido. Y vuelta a empezar. Otro lío, que si yo cambio el bacalao por el jarrete, que si no hay lomo tráigame carrillera ¡Pero si sólo hay jarrete para 3! Entonces para mí churrasco ¡Los 2 churrascos que quedan ya están pedidos! Que si ahora me salen 14 segundos ¡Pues traiga lo que le dé la gana! Ni que decir tiene que con el postre lo mismo.

Pero el buen humor y el apetito solucionó al punto todos los inconvenientes que iban surgiendo como si nuestro grupo fuese una maquinaria perfectamente engrasada, coordinada y numerada.

A la hora de pagar y dividir el importe por comensal más de lo mismo. Tampoco llegábamos a sumar correctamente el grupo, resultando incluso que uno de los varios cálculos sumaba más comensales que servicios, ya que incluía al camarero, en la vorágine matemática que nos habíamos metido. Al final, bajo la mirada suficiente del *maitre*, las cuentas salieron.

Pagamos y cada mochuelo a su olivo. Creo que regresamos todos, aunque tengo que confirmarlo.

Para mi fue una gran jornada. Nunca había ido al Moncayo y hacía mil años que no me ponía crampones.

La compañía, estupenda. El bosque, maravilloso. El fortísimo viento estaba anunciado pero ¿qué es el Moncayo sin viento? La boina era posible por caprichosa, imprevisible e ingobernable pero ¿qué es el Moncayo sin boina? Nos reímos, además y como casi siempre, muchísimo. ¿Qué más podemos pedir?

Gracias por acompañarme al Moncayo y ¡Feliz temporada a todos!

José M<sup>a</sup> Rodríguez Vela, enero 2015.